

rarse mutuamente. Sus intereses no son contradictorios. Confiemos en que las dos potencias lo comprenderán siempre así. En cuanto á piemonteses y austriacos, aún pelearían. La tempestad había puesto fin á la lucha entre las tropas de los dos emperadores. Las de Víctor Manuel volvieron á empezar el combate.

Puede decirse que se habían reñido simultáneamente dos batallas distintas: la francesa, la de Solferino, y la piemontesa, la de San Martino. Las cinco divisiones de infantería del ejército real, mandadas por los generales Durando, Fanti, Mellard, Cialdini y Cucchiari, estaban contenidas por fuerzas superiores y se habían hallado en situación crítica cerca del lago de Garda. El combate duró quince horas seguidas. Las tropas piemontesas, á pesar de todo su valor, no habían podido prestar ningún apoyo al primer cuerpo de ejército francés. Ellas mismas no habían recibido otro auxilio que el de un cañoneo que, partido de las posiciones francesas, cogió un momento de soslayo las columnas austriacas que procuraban envolver el ala derecha del ejército real.

Cuando cesó la tormenta, cuatro baterías piemontesas rompieron el fuego y prepararon el ataque de la infantería, que se lanzó al asalto de las posiciones de San Martino y acabó por apoderarse de ellas. El enemigo volvió á intentar un ataque ofensivo; pero una carga de la caballería ligera de Monferrato lo rechazó por última vez, y al hacerse de noche, la meseta de San Martino quedó definitivamente en poder del ejército del rey Víctor Manuel. El general Benedek, que había ocupado esta meseta todo el día, acababa de recibir orden del emperador Francisco José para tomar parte en el movimiento general de retirada. Los austriacos pretendieron por tanto que el ejército piemontés no había conquistado sino lo que ellos habían abandonado. No por eso es menos incontestable el heroísmo de las tropas reales, las que merecerán este elogio de su bravo soberano: «Soldados: En las batallas anteriores he tenido con frecuencia ocasión de incluir en la orden del día los nombres de muchos de vosotros. Hoy incluyo en la orden del día á todo el ejército.»

Napoleón III acababa de conseguir una de las mayores victorias de los tiempos modernos. Había dirigido personalmente todas las operaciones y en medio de la acción había expuesto su vida en las diferentes alturas de Solferino. En las galerías del museo de Versalles hay un cuadro de Ivón que le representa rodeado de todo su Estado mayor en el monte Fenile en el momento en que lanza los cazadores de la guardia imperial hacia la torre que domina el pueblo que dará nombre á la batalla. Vencedor en toda la línea, dió á sus tropas orden de vivaquear en las posiciones conquistadas y disfrutar por fin de un descanso bien ganado. Luego, trasladándose á Cavriana, estableció su cuartel general en la misma casa en que el emperador de Austria había tenido el suyo aquel día. A los horrores y al tumulto de la guerra sucedían una calma profunda y el silencio de la muerte.

LIII

DESPUÉS DE LA BATALLA DE SOLFERINO

Hay militares que, acostumbrados á ver correr sangre humana como los carniceros la de los animales, contemplan impasibles los horrores de la guerra y no sienten ninguna conmiseración hacia sus víctimas. Napoleón III no se parecía á esos hombres. Filósofo y humanitario, no veía sin profunda tristeza un campo de batalla. El barón de Bazancourt ha terminado con esta frase su hermoso relato de la jornada de Solferino: «Cuando todo quedó tranquilo en torno suyo, ¡con qué sueño tan grato debió dormirse el vencedor pensando en que Francia, cuando se despertara al día siguiente, saludaría con alegres aclamaciones aquel glorioso y nuevo triunfo!» No creemos que el sueño de Napoleón fuera grato. La victoria había sido comprada á costa de sacrificios demasiado crueles. El compasivo monarca creía oír aún los gritos de «¡Viva el emperador!» lanzados por los heridos y los moribundos.

A los primeros fulgores de la aurora del 25 de junio se desarrolló un lamentable espectáculo á los ojos del ejército victorioso. La antevíspera, desde lo alto de aquellas colinas, hoy siniestras y ensangrentadas, los austriacos contemplaban risueñas campiñas, una llanura cubierta de soberbias mieses, de hermosos árboles y de viñas cargadas de racimos. Ahora todo estaba pisoteado, triturado, saqueado. No se veían más que árboles desarraigados, filas de morales derribados, granjas, cobertizos, huertos acribillados de balas; el terreno señalado con las pisadas de los caballos y las ruedas de los cañones. ¡Cuántos colonos y campesinos lloraban sus cosechas perdidas y sus granjas y cabañas destruídas! Había montones de cadáveres en ciertos puntos del campo de batalla donde la lucha había sido más encarnizada; la meseta de San Martino, que piemonteses y austriacos se habían disputado con furor; Rebecco y la Casa Nuova, donde el primer cuerpo del ejército francés había combatido con tanto encarnizamiento; el cerro de los cipreses, que, como lo ha dicho M. de la Gorce, parecía haberse enlutado de antemano para todas las sepulturas que debían abrirse en él. El cementerio de Solferino, en especial, inspiraba reflexiones melancólicas. ¿Por qué los hombres, en sus luchas fratricidas, no respetan al menos el asilo del sueño eterno? ¿Por qué los gritos de guerra turban el reposo de las tumbas?

«Para abreviar nuestros caballos, ha dicho el marqués de Massa, tuvimos que atravesar, entre Solferino y Cavriana, un repliegue del terreno en que el

ataque y la defensa habían sido más mortíferos. Allí yacían tendidos en revuelto montón los enemigos de la víspera unidos ahora en la pálida fraternidad de la muerte; nuestros soldados de línea y de cazadores con sus largos capotes y sus polainas blancas asomando entre pantalones encarnados; los tiroleses y croatas con sus calzones de color azul celeste que realzaban los contornos de sus piernas nerviosas, con sus botinas de cuero trenzadas hasta encima del tobillo, unos boca arriba, otros boca abajo, según el efecto del golpe mortal que los había derribado; la mayor parte descubiertos, con sus cascos ó chacós á pocos pasos; el águila imperial victoriosa y el águila de dos cabezas vencida parecían extender tristemente sus alas sobre sus placas abolladas. Nuestros caballos, con las narices dilatadas, soplando con fuerza y llevados de la brida, vacilaban en saltar por encima de todos aquellos cadáveres, como si tuviesen conciencia de cometer un sacrilegio.»

Se habían convertido las iglesias, los edificios públicos, las casas en ambulancias. Pero todo faltaba: medicamentos, material y hasta médicos. En aquella época aún no se había fundado la *Cruz roja*. Algunos filántropos, obedeciendo á la iniciativa privada, habían acudido al campo de batalla, y concibieron el proyecto humanitario, realizado después por la «Sociedad de socorros á los heridos.»

El ejército francés había cogido tres banderas, treinta cañones y seis mil prisioneros á un ejército austriaco compuesto de ciento cincuenta mil combatientes y que ocupaba posiciones formidables. Pero ¡á costa de qué hecatombes! Mil seiscientos muertos, ocho mil quinientos heridos, y mil quinientos desaparecidos, tal era el balance de sus pérdidas. Entre los heridos figuraban los generales Dieu, Auger, Ladmiraull, Forey, Douay; los dos primeros murieron de resultas de sus heridas. Siete coroneles y nueve tenientes coroneles habían perecido: los coroneles Laure, de tiradores argelinos; Waubert de Genlís, del 8.º de línea; Lacroix, del 30; Capri, del 53; Douay, del 70; Broutta, del 43; Fourjón, de ingenieros; los tenientes coroneles Campagnón, del 2.º de línea; Bigot, del 85; Herment, de tiradores argelinos; Ducoir, del 7.º de granaderos de la guardia; Neucheze, del 8.º de línea; Vallet, del 91; Hemard, del 61; Laurans des Ondes, del 5.º de húsares; d'Albrantes, jefe de Estado mayor de la división de Faily.

El ejército francés tuvo setecientos muertos, tres mil quinientos heridos y mil doscientos desaparecidos.

Napoleón III se afligió sinceramente al tener noticia sucesivamente de la pérdida de tantos oficiales á quienes parecía reservado tan brillante porvenir y que le habían demostrado tanta adhesión á él y á la Francia. Desde Cavriana dirigió á su ejército esta alocución en la que se trasluce un sentimiento de tristeza más bien que de orgullo:

«¡Soldados!

»El enemigo creía sorprendernos y arrojarnos más allá del Chiese; él es el que ha tenido que repasar el Mincio. Habéis sostenido dignamente el honor de

la Francia, y la batalla de Solferino iguala y aun aventaja á los recuerdos de Lonato y de Castiglione.

»Por espacio de doce horas habéis rechazado los esfuerzos desesperados de más de ciento cincuenta mil hombres. Ni la numerosa artillería del enemigo, ni las posiciones formidables que ocupaba en una extensión de tres leguas, ni el calor abrumador han contenido vuestro empuje. La patria agradecida os da gracias por mi boca por tanta perseverancia y denuedo; pero llora conmigo á los que han muerto en el campo del honor. Hemos cogido tres banderas, treinta cañones y seis mil prisioneros. El ejército sardo ha luchado con la misma bravura contra fuerzas superiores: es digno de marchar á vuestro lado. Soldados: tanta sangre vertida no será inútil para la gloria de Francia y la felicidad de los pueblos.

»NAPOLEÓN.»

Todos cuantos han visto al emperador al día siguiente de la batalla de Solferino están acordes en decir que á su rostro, generalmente impasible, traslucía una impresión de melancolía y de lasitud moral. Quizás previera ya las catástrofes de que la guerra de Italia sería el primer origen, y tuviera el presentimiento de que los italianos no se portarían siempre con los franceses como hermanos. Probablemente se preguntaría si aquella guerra deseada y preparada por él era en realidad tan indispensable como se lo había figurado. Uno de sus más valientes compañeros de armas, uno de sus servidores más leales, el general Fleury, expresaba el 25 de junio en el mismo Cavriana esta inquietud, esta duda: «La guerra es hermosa vista de lejos, escribía aquel día. Aprovecha á los generales en jefe, glorifica al país cuando lo necesita, pero cuesta muchos sacrificios y hace correr lágrimas de sangre. La guerra de independencia nacional es la única que tiene derecho de imponer duros sacrificios. La guerra de influencia no basta para apasionar largo tiempo aun á los más ambiciosos del ejército; á su vez temen no poder disfrutar de los grados que han alcanzado á consecuencia de la muerte de sus hermanos de armas.» Y el general añadía con una melancolía fácil de comprender: «Las batallas me exaltan; me dejan tranquilo y libre mientras se traban con cadáveres, pero luego se me distienden los nervios. Reflexiono en los dolores que dejan después de la lucha y pienso que esas carnicerías no son ya de nuestro tiempo.»

Los soldados se cansaban de abrir fosas. El ejército aliado pasó el 25 de junio enterrando muertos y recogiendo heridos. El mismo día el emperador nombró mariscal de Francia al general Niel; bien merecía esta recompensa el comandante del cuarto cuerpo, cuyos regimientos habían tomado tan activa parte en la lucha. De Magenta habían salido dos mariscales, Mac Mahón y Regnaud de Saint-Jean d'Angely; de Solferino salía un tercero. De este modo había un mariscal de Francia al frente de cada uno de los cuatro cuerpos de ejército y de la guardia imperial.

Aquel mismo día 25, el ejército francés, acercándose al Mincio, se había establecido en las posiciones siguientes: el primer cuerpo en las cercanías de Pozzolongo; el segundo en Cavriana; el tercero en Solferino, dejando una división de infantería en Guidizzolo con las divisiones de caballería Desvaux y Partouneaux, y el cuarto en Volta. El emperador se había quedado con la guardia en Cavriana, y el rey Víctor Manuel en San Martino. Por la noche del mismo día el ejército austriaco había repasado el Mincio casi en su totalidad, y Francisco José instalado su cuartel general imperial en Verona.

LIV

LA EMPERATRIZ REGENTE

Mientras Napoleón III estaba en Italia, nada perturbaba á la emperatriz en sus funciones de regente. Los partidos se mantenían tranquilos y no pensaban en modo alguno en secundar las miras del extranjero.

Se habían cerrado las Cámaras á fines de mayo. El 26, la soberana recibió en el palacio de las Tullerías á los individuos del Senado, del Cuerpo legislativo y del Consejo de Estado. El presidente del Senado le dijo: «El Senado agradece á V. M. esta audiencia afectuosa que le permite ver á ese niño tan querido, esperanza de la patria. En ausencia del emperador, cada uno de nosotros siente una adhesión más viva á las personas amadas que ha dejado confiadas al patriotismo francés.» La emperatriz respondió: «Señores senadores, antes de separaros habéis querido dar una nueva prueba de adhesión al emperador manifestando el deseo de ver al príncipe imperial. No me ha sorprendido este testimonio de la solicitud que le demostráis, pero no por eso me conmueve menos: este paso es para mí, como lo son los consejos de mi querido tío, un precioso estímulo y una fuerza.»

El conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, tomó en seguida la palabra: «Todos regresamos á nuestros departamentos, dijo: vamos á fomentar allí el patriotismo que reclaman las circunstancias; bien es verdad que no tenemos que hacer grandes esfuerzos en unos pueblos en cuyos corazones vibran siempre las palabras gloria y honor. La ausencia del emperador habrá podido causar alguna zozobra á los que no conocen la Francia; pero esta nación, generosa y sensible, comprende todas las delicadezas, y cuando ve al emperador alejarse para compartir el peligro de sus soldados y defender el honor de la bandera, demuestra si es posible más respeto á vuestra autoridad y mayor adhesión á vuestra persona. Contad, pues, señora, con el concurso de todos y con los sentimientos á que tenéis derecho como regente y como madre.»

La emperatriz contestó: «Señores. Mucho agradezco el deseo que me habéis expresado de ver al príncipe imperial antes de regresar á vuestros departamentos. Cuento con vuestro ilustrado patriotismo para mantener la fe que todos debemos tener en la energía del ejército y, cuando llegue el día, en la moderación de la Francia. En cuanto á mí, por espinosa que pueda ser mi tarea, encontraré en mi corazón puramente francés todo el ánimo necesario para desempeñar-

la. Descanso, pues, señores, en vuestro leal concurso, y en el apoyo de la nación que, en la ausencia del jefe que ha elegido, jamás dejará de ponerse al lado de una mujer y un niño.»

¡Ay! El 4 de septiembre de 1870 la emperatriz se acordará quizás de las palabras pronunciadas por ella el 26 de mayo de 1859.

La guerra que se sostenía al otro lado de los Alpes en nada había cambiado la fisonomía de París. Como de costumbre, la temporada de las diversiones del gran mundo terminaba después de Pascua, pero los teatros estaban llenos y todos los días se veía en la famosa «vuelta del lago» gran número de elegantes jinetes y de lujosos carruajes. La guerra vista de lejos es tan hermosa como horrible de cerca. En 1859 era para los parisienses motivo de distracción más bien que de alarma. Recordaba lugares célebres, nombres de victorias. Su teatro era esa poética é ilustre Italia que tan gran papel ha desempeñado en los anales de las glorias francesas. Se compraban mapas en los cuales se clavaban alfileres con banderitas francesas, piemontesas y austriacas que indicaban las posiciones de los tres ejércitos. Entonces todas las clases de la sociedad eran optimistas, y á nadie se le ocurría la idea de un desastre. Los mismos enemigos de Napoleón III creían en su suerte, en su buena estrella. La nación francesa, infatuada desde sus triunfos en Crimea, se tenía por invencible.

La emperatriz cumplía á toda conciencia sus deberes de regente. Sus ministros se hacían lenguas de su celo, su inteligencia, su aptitud para comprender las cuestiones difíciles. Se había instalado en el palacio de Saint-Cloud, y allí vivía en el recogimiento y en el estudio de los asuntos políticos más arduos. La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie resume de este modo la vida que la soberana llevaba entonces: «Preside tres consejos de ministros por semana, dos de ellos en las Tullerías; soporta valientemente las emociones de la situación. Se acostumbra tan bien á ese trabajo serio y grave, que á veces dice que, terminada la regencia, teme aburrirse: tanto es lo que la cautivan esas ocupaciones interesantes é importantes. Por la noche reúne algunas personas, el conde y la condesa Walewski, la marquesa de Cadore y unas cuantas damas de palacio: se habla mientras se hacen hilas y se toma te. Á menudo, estas veladas son tristes. El pensamiento está en Italia, en el teatro de la guerra, y no se reciben noticias.»

La población de París no supo la victoria de Magenta hasta el 5 de junio por la noche. El mismo día, á las 4^h 15' tarde, el emperador había expedido á la emperatriz este despacho telegráfico: «He aquí el resumen conocido de la batalla de Magenta: lo menos siete mil prisioneros; veinte mil austriacos fuera de combate; tres cañones y dos banderas cogidos. Nuestras pérdidas son de tres mil muertos y un cañón cogido por el enemigo.»

A las ocho de la noche las salvas de artillería disparadas en los Inválidos anunciaban á los parisienses la victoria. Entre nueve y diez, la emperatriz y la princesa Clotilde recorrieron en carretela descubierta los bulevares y la calle de

Rívoli, siendo aclamadas á su paso. Los edificios públicos y muchas casas particulares estaban iluminados.

El 7 de junio se cantó un *Te Deum* en Nuestra Señora en presencia de la regente, del rey Jerónimo y de las princesas Clotilde y Matilde. En todo el itinerario de la comitiva de la soberana, las calles y plazas estaban engalanadas con banderas francesas y sardas: la guardia nacional y las tropas de línea estaban formadas en la carrera. La emperatriz, recibida bajo palio por el clero, fué conducida procesionalmente al estrado preparado para ella en el coro. Así á su entrada en la iglesia como á su salida de ella fué saludada con las más vivas aclamaciones.

En todos los teatros se celebró la victoria de Magenta con apropósitos y cantos de triunfo. Todo París estaba de fiesta. No hay ciudad en el mundo más sensible á las satisfacciones del amor propio y á los goces de la victoria.

Napoleón III, antes de salir de Milán, ascendió á teniente coronel á uno de sus oficiales de órdenes, el comandante Schmitz, y le encargó que fuese á entregar á la emperatriz las dos banderas austriacas cogidas en Magenta. Este militar llegó á Saint-Cloud el 13 de junio: la emperatriz le dió el abrazo de rúbrica, y después de recibir con profunda emoción el glorioso presente, hizo al mensajero muchas preguntas sobre los grandes sucesos de que acababa de ser testigo.

El 24 Napoleón expedía á la regente un telegrama concebido en estos términos: «Cavriana, 24 de junio á las nueve y cuarto de la noche. El emperador á la emperatriz. Gran batalla y gran victoria. Todo el ejército austriaco ha combatido. La línea de batalla tenía cinco leguas de extensión. Nos hemos apoderado de todas las posiciones y cogido muchos cañones, banderas y prisioneros. Por el momento es imposible dar más detalles. La batalla ha durado desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche.»

La emperatriz estaba ya acostada en el palacio de Saint-Cloud cuando recibió el despacho. En seguida se levantó, se vistió á toda prisa, bajó al jardín y anunció ella misma la victoria á los centinelas y á los soldados del cuerpo de guardia.

Aún recuerdo la mañana del 25 de junio en París. Acababa yo de llegar al bulevar de los Capuchinos cuando vi que se adornaban con banderas las tiendas y las casas. De este modo supe la noticia de la victoria. Un tiempo soberbio estaba en armonía con la alegría patriótica que estremecía los corazones. Por la noche una muchedumbre inmensa llenaba calles y paseos: París resplandecía de iluminaciones.

El 1.º de julio el ministro de Instrucción pública y Cultos dirigía esta circular á los rectores: «Me creo en el deber de expresar el deseo de que todos los boletines del ejército de Italia publicados en el *Moniteur* se lean á los alumnos de los liceos y de los colegios y se fijen en el interior de estos establecimientos. La juventud es propensa á los nobles sentimientos; en su corazón tienen eco las

cosas grandes y es adicta á las dinastías que saben comprenderlas: así aprenderá también, al escuchar la historia cotidiana de esa heroica campaña de Italia, cuánto contribuyen el trabajo y el estudio á formar generaciones inteligentes y fuertes.»

El comandante d' Andlau, oficial de órdenes del emperador, presentaba el 2 de julio en las Tullerías á la emperatriz las banderas austriacas cogidas en la batalla de Solferino.

El entusiasmo era general. La guerra de Crimea, emprendida en un país remoto por intereses diplomáticos poco conocidos y mal definidos, excitó mucho menos las imaginaciones. La monotonía de un largo asedio no se parecía á una serie de batallas rápidas como las de la guerra de Italia.

El telégrafo transmitía de continuo buenas noticias. Cada carta de oficiales y soldados respiraba ánimo, alegría, confianza. Todos los boletines contenían relatos de victorias. La guerra, tan lúgubre, tan lamentable, tan horrible cuando la victoria no compensa sus padecimientos y sus duelos, adquiere un aspecto de fiesta y de alegría continuas cuando no es más que una serie de triunfos. Entonces apenas si las mismas madres se atreven á llorar.

Se había fijado el 3 de julio para cantar el *Te Deum* en Nuestra Señora por la victoria de Solferino y dar gracias al Dios de los ejércitos. La emperatriz regente, que había asistido sin su hijo al *Te Deum* cantado por el triunfo de Magenta, resolvió llevarlo al del 3 de julio. Cuando el niño supo la víspera tan buena noticia, tuvo una verdadera alegría é hizo multitud de preguntas sobre la ceremonia que se preparaba. Favorecida por el tiempo, estuvo magnífica. A las once de la mañana la comitiva salió de las Tullerías. La regente iba en carreta descubierta con el príncipe imperial y las princesas Clotilde y Matilde: al estribo derecho cabalgaban el mariscal Magnán, montero mayor, comandante en jefe del ejército de París, el ayudante general del palacio y el primer caballerizo de la emperatriz; al izquierdo, el general marqués de Lawoestine, comandante superior de la guardia nacional del Sena, el caballerizo del emperador adscrito al príncipe imperial y dos oficiales de órdenes. La comitiva atravesó la plaza del Carroussel, la calle de Rívoli, la plaza del Ayuntamiento, el puente y la calle de Arcole y la plaza del Atrio de Nuestra Señora. La guardia nacional y las tropas de la guardia imperial y de la infantería de línea estaban formadas en la carrera. Detrás de las tropas y en las ventanas de todas las casas había una muchedumbre inmensa que aguardaba el paso del coche imperial que, lleno de ramos, avanzaba bajo una lluvia de flores. Al salir de las Tullerías y al llegar á Nuestra Señora se dispararon salvas de artillería.

El arzobispo de París, capellán mayor del emperador, y el cabildo metropolitano recibieron en el umbral de la puerta de la catedral á la emperatriz regente que, llevando á su hijo de la mano, fué conducida procesionalmente bajo palio hasta el estrado preparado para ella en el coro. La antigua basílica estaba magníficamente adornada. En los pilares, que ostentaban colgaduras de tercio-

pelo encarnado con franjas de oro, había escudos con las armas de Francia y de Cerdeña; de la bóveda pendían banderas, gallardetes y oriflamas. Yo asistía á esta solemnidad. Aún me parece oír los cánticos religiosos, los gritos de «¡viva el emperador!, ¡viva la emperatriz!, ¡viva el príncipe imperial!» De pie en el coro, á pocos pasos detrás de la soberana, yo observaba al pequeño príncipe, que siguiendo con atención los movimientos de su madre, se sentaba, se levantaba y se arrojaba al mismo tiempo que ella. No podía darse nada más gracioso que aquel niño de tres años con su vestido de piqué blanco y su cinturón de moaré azul. «Era la primera vez, decía el *Moniteur*, que el hijo del emperador se mezclaba oficialmente con la nación. Dios le ha concedido el hacerlo bajo los auspicios de la victoria.» A la salida de la catedral, el general de Lawoestine ofreció á la emperatriz un ramo magnífico, y la caballería de la guardia nacional le regaló una corona de laureles de oro con broches de perlas finas. La ovación del regreso fué más calurosa aún que la de la ida.